

Habla su biblioteca

Novedades de la Biblioteca

“Florentino Idoate” de la UCA

JAIME JOEL CASTANEDA

El rol del docente y las relaciones humanas

El conocimiento sirve para ganarse la vida; la sabiduría, para vivir la vida; es decir, conocimiento no es igual a sabiduría.

El mejor docente no es el que impone más poder y autoridad en el aula por lo que tiene y dice “saber”, sino el que facilita un proceso de enseñanza y aprendizaje para la vida a través de su modelaje. En tal sentido, la finalidad de la presente reflexión consiste en reconocer el valor de las relaciones humanas en la interacción docentes-alumnado.

El rol del docente es facilitar, a sus estudiantes, el aprendizaje *para la vida*. Recordemos que la interacción entre docente y alumnado es un conjunto de relaciones recíprocas cargadas de mucho significado. Antes que estudiantes y maestros, somos seres humanos con cuerpo, mente, corazón y espíritu. La tarea educativa tradicional, generalmente, ha enfatizado

el aprendizaje de contenidos e información que, muchas veces, no establece una conexión con la vida concreta del estudiantado.

Así por ejemplo, el enfoque de la *educación tradicional* está basado en la transmisión de conocimientos, en la cual el profesor, el instruido, “el que sabe”, acude a enseñar al ignorante, “al que no sabe”. También se le conoce como educación bancaria, ya que el educador *deposita* conocimientos en la mente del educando. Se trata de *inculcar* nociones, de introducirlas en la memoria del alumnado, el cual es visto como receptáculo y depositario de informaciones.

Paulo Freire, pedagogo brasileño, al analizar los procesos educativos, dice que esta educación “bancaria” sirve para la domesticación de las personas, por ello una de sus afirmaciones sostiene que *la educación tradicional o bancaria dicta ideas, no hay intercambio de*

ideas. No debate o discute temas. Trabaja sobre el educando. Le impone una orden que él no comparte, a la cual solo se acomoda. No le ofrece medios para pensar independientemente porque, al recibir las fórmulas dadas, simplemente las guarda. No las incorpora, porque la incorporación es el resultado de la búsqueda de algo que exige, de parte de quien lo intente, un esfuerzo de recreación, de invención.

Sin embargo, el rol del docente debe ser el de formar a *agentes que transformen* las estructuras sociales actuales, a fin de construir una sociedad más justa, digna, democrática y que garantice la vida humana.

Se requiere de un docente que convierta a la persona en un ente pensante y con liderazgo basado en valores, capaz de desenvolverse en una realidad que le exige competencia académica y profesional, pero también calidad humana.

El magisterio debe basar su proceso de enseñanza y aprendizaje en una metodología que favorezca aprendizajes significativos que lleven al educando a conocer, comprender, analizar, interpretar y “cambiar” las estructuras socioculturales que reducen a la persona a una máquina pensante, insensible e inactiva.

La práctica educativa del do-

cente debe desarrollarse bajo el enfoque conocido como *reflexivo y práctico*, cuyas principales características son:

- a) Propone desarrollar una cultura profesional que propicie el ser un agente de cambio individual y colectivamente.
- b) La meta principal es aprender a interpretar y comprender la enseñanza y realidad nacional, a fin de transformarlas.
- c) Fomenta el saber qué hay que desarrollar y cómo hacerlo, también el porqué y el para qué.
- d) Concibe al docente como un facilitador en el proceso de enseñanza y aprendizaje, fundamentado en un liderazgo compartido basado en valores, no como un técnico infalible, sino como capaz de provocar la cooperación, la participación activa y el trabajo productivo/ creativo/innovador del alumnado.

Históricamente, el rol del docente ha servido para perpetuar el “statu quo”, es decir, lo establecido, reconocido y aceptado sin más, las estructuras de la sociedad ya dadas, y se les ha enseñado a los y las estudiantes para conocerlas, aceptarlas, quererlas, buscarlas y reproducirlas. ¿Qué cambia? Nada.

¿Dónde queda la capacidad creadora, innovadora y transformadora de los seres humanos? En un rincón, en el olvido, en palabras nada más. De ahí la necesidad de cumplir con dignidad ese rol docente. Recuerde que, como personas, dejamos una huella en nuestros alumnos. Y esa huella viene dada por la capacidad de influir con empatía en la gente.

No basta con decirles a los estudiantes que, si hacen ciertas cosas, obtendrán buenas notas, un buen empleo y buenos salarios; eso no es suficiente incentivo. Hay que mostrarles cómo lo que ellos y ellas están aprendiendo se relaciona con sus propias vidas y con la sociedad o cómo ayudará a una persona, a una familia, a una comunidad.

Ciertamente, como profesores *sabemos* la materia que enseñamos; sin embargo, no sabemos nada de la historia personal y familiar de cada uno de los estudiantes que tenemos en la clase. Desconocemos los problemas que cada uno padece. Unos quizás vendrán de lugares lejanos y a lo mejor sólo con unos cuantos centavos para pagar el pasaje; otros, vendrán de sus trabajos, cansados y débiles; algunos otros, sin nada en el estómago; otros tantos traerán el dolor a flor de piel causado por la irresponsabilidad de sus padres;

mientras que otros, quizás, estarán presentes en cuerpo, pero con su mente fuera de órbita, luchando contra el fantasma de los vicios y males del alma. En fin, por el solo hecho de ser humanos, todos estamos librando una batalla que es al mismo tiempo crisis y oportunidad de ser mejores.

Como docentes, tenemos el compromiso, además de construir y compartir conocimientos, de establecer relaciones humanas con nuestros estudiantes. El aula no es el mejor espacio para el segundo cometido. Es precisamente fuera del aula, en los recintos, en la cafetería, en la cancha, en los pasillos, en las actividades culturales y deportivas, en las consultas, en las relaciones no formales, donde mejor nos relacionamos humanamente con nuestros estudiantes.

Si lo anterior es cierto, no lo es menos que, al asumir el rol de facilitador de relaciones socioafectivas, debemos hacerlo modelándolo; es decir, debemos aprender y compartir valores humanos y éticos, como valentía, humildad, responsabilidad, respeto, tolerancia, confianza, comprensión, etc. Asumir ese rol no es una obligación, sino una elección y un compromiso.

Compartamos la siguiente anécdota, a fin de comprender el valor de las relaciones humanas

en las interrelaciones que se cristalizan en cualquier actividad que el ser humano realiza, la cual se ha tomado del libro “La inteligencia emocional aplicada al liderazgo y a las organizaciones”, de Robert Cooper y Ayman Sawaf (1998), y expresa las palabras de Haruo Naito, presidente de la firma farmacéutica Eisai Company allá por 1988:

“Desde el punto de vista de fabricar medicamentos, ciertamente sabíamos mucho acerca de las enfermedades y cómo se desarrollan y se propagan; pero no sabíamos nada sobre el paciente como individuo, con una personalidad y una historia. No sabíamos nada sobre sus relaciones de familia o si necesitaba cuidado especial además de la acostumbrada terapia farmacéutica. Mi pregunta era: ¿Cómo podemos estar produciendo medicamentos que salvan la vida si no encontramos nunca a la muerte fuera de nuestra propia familia?” (Cooper, Robert y Sawaf, Ayman, 1998)

Para comprender el sentido de las palabras de Haruo Naito, debe decirse que, a pesar de tales conocimientos, él encontró una empresa con problemas financieros por las bajas constantes en sus ventas. Por tanto, decidió intuitivamente “sacar a sus empleados de las oficinas, a fin de activar las

relaciones humanas” y así establecer una conexión entre los trabajadores y los pacientes/clientes de su industria, para lo cual diseñó y ejecutó un “plan educativo” que acercara a sus trabajadores al “lugar del paciente/cliente”. Los resultados positivos no se hicieron esperar, y sobre todo se ganó mucha humanidad y dignidad en el mercado.

El ejemplo anterior puede iluminar la importancia de desarrollar un rol del docente en la activación de las relaciones humanas entre los y las estudiantes. Obviamente, con una educación tradicionalista esto es difícil; es necesario repensar la educación y realizar unos cambios significativos en el sistema educativo nacional. No obstante, desde la reforma educativa vigente, se desarrolla un enfoque humanista e integral, pero todavía hay mucho que hacer.

Otro ejemplo que nos puede ayudar a valorar la importancia de las relaciones humanas entre docente y alumnado consiste en reconocer que hay un conjunto de “cosas” que los niños y las niñas, a través de los procesos de socialización van adquiriendo y haciendo suyas. Los maestros y padres de familia decían, que “teníamos que estarnos quietos, no enojarnos por nada, no discutir ni quejarnos, no jugar revueltos niños y niñas,

no reírnos en clase, no hablar ni pararnos cuando el maestro o el padre estaba hablando, etc.". Todas estas "cosas" se les han ido inculcando a las personas, quienes las han ido metiendo y arrastrando en un "saco invisible".

Conforme se va avanzando en la edad, el "saco" se va haciendo más pesado. El hombre y la mujer se cansan de arrastrarlo. Algunas veces se pueden observar síntomas, como las angustias y las frustraciones, sencillamente porque en los centros educativos y en el hogar no se propició un espacio de expresión y de relación cotidiana que rompiera con las cadenas de la tiranía y del acomodamiento conformista de esas personas que, de manera ciega y soberbia, siguen añorando y afirmando que "lo pasado siempre fue mejor". ¿Y usted qué piensa?

Usted recordará a más de algún ex compañero de escuela, colegio, instituto o universidad que, según su maestro o maestra y la "opinión pública", era el "hazmerreír", "el torpe" de la clase o el "soñador" que siempre andaba en las nubes. Pues bien, esta realidad no es extraña al sistema educativo nacional. De hecho, tales tipos de estudiantes son calificados y considerados como "anormales". ¿A cuenta de qué? Simplemente, porque el sistema de educación

de El Salvador no está preparado para asistir y canalizar la energía de estos alumnos hacia actividades productivas, creativas e innovadoras. Muchos de estos estudiantes que en su momento fueron considerados "anormales" llegan a triunfar en la vida, después de haberse reencontrado con ellos mismos, al descubrir y desarrollar sus cualidades, virtudes, habilidades y destrezas. Ahí tiene a Charlie Chaplin —"el hazmerreír y el torpe de la clase", según su maestra— que llegó a convertirse en el cómico inglés más grande de todos los tiempos, por ejemplo. Pero, sin ir tan lejos ni tan atrás en el tiempo, encontramos el siguiente caso: aquí en el país, hay un comunicólogo que en sus tiempos de escuela fue calificado y considerado "el hazmerreír y charlatán" de la clase. Hoy en día es un famoso y muy prestigiado corresponsal de noticias de una cadena internacional de televisión, además de tener su propia agencia de publicidad. Anteriormente, trabajó en un canal de televisión salvadoreño con mucho éxito y reconocimiento ciudadano. Cuando se le ha entrevistado en más de alguna ocasión al respecto, él explica emotivamente la aventura de su vida colegial presentándola como una de sus anécdotas preferidas.

Los ejemplos presentados demuestran que, en la vida, las personas no deben *limitarse* a lo que, errónea y dañinamente, se les ha venido inculcando. Muchas veces el rol del docente, más que formar y transformar al ser humano, liberándolo y desarrollándolo plena e integralmente, deforma y esclaviza.

Ciertamente, es el Estado salvadoreño el que, a través del Ministerio de Educación, como máxima autoridad en esta materia, diseña, organiza, aplica, regula y evalúa las políticas nacionales de educación, que responden a los desafíos y exigencias de la actual sociedad. Por ejemplo, los procesos de globalización concretados por medio de los Tratados de Libre Comercio demandan una mano de obra que responda a su lógica economicista, lo que puede constituir un obstáculo en detrimento de la condición humana; peor aún, podría frustrar a algunos colegas. No obstante, debemos estar vigilantes para no caer en la desesperanza, y seguir desarrollando “el trabajo de hormiga” que, en distintos grados y espacios va haciendo mella, aunque nos cueste aceptarlo.

Está probado que, al final de un proceso educativo, al mejor docente se le recuerda con amor —*porque el maestro nunca muere*—, no porque se “quebraba” a todo el mundo y era el que “sabía de todo” e imponía su poder y autoridad a cualquiera que se le pusiera enfrente; no, se le recuerda por la huella de humildad, honestidad, valor y compasión que ha dejado en sus discípulos. Lo recuerdan porque les hizo sentir personas dignas, valientes y con el potencial de desarrollarse en y para la vida, porque está probado que lo demás, es decir la capacidad intelectual y técnica cae por su propio peso y que se robustece en los principios y valores humanos universales.

Para ampliar sus conocimientos en *inteligencia emocional* se recomienda la lectura del siguiente texto: *La inteligencia emocional aplicada al liderazgo y a las organizaciones*. Cooper, Robert y Sawaf, Ayman. Bogotá, Colombia: Grupo Editorial Norma, 1998. El libro puede consultarse en la Biblioteca “Florentino Idoate”, de la UCA.